

Eio, la ciudad perdida

De rodillas en la oscuridad del silencioso mausoleo¹, rezaba a Cristo el patriarca y terrateniente de la finca. Pensaba en sus antepasados, cuatro de ellos enterrados allí mismo, bajo el suelo, los demás fuera en el pequeño cementerio familiar junto al estanque cuadrado que servía de reserva de agua para sus campos. Construcción esencial para el mantenimiento de la hacienda que los árabes, que convivían con los cristianos en Eio, llamaban alberca. Aquel estanque daría nombre a una población posterior asentada allí mismo mil años mas tarde, pero nada de eso sabía el patriarca, solo tenía la certeza de que corría el año 826 desde el nacimiento de su señor Jesucristo y de que todo acababa para él esa noche, solo podía intentar salvar el recuerdo, nada había peor que el olvido.

Terminó sus plegarias y se incorporó no sin antes rozar con los dedos el mosaico del suelo, sería la última vez que lo vería, iluminado por aquella lámpara de aceite que un comerciante mudarí le había vendido algunos años atrás, antes de que estallara la guerra civil entre mudaríes y yemeníes dejando en medio a los cristianos de origen visigodo y romano que aún vivían en Eio. Era un mosaico precioso de Orfeo rodeado de un león, dos jabalíes, una pantera, una paloma, un ave del paraíso y un hipogrifo, un mosaico pagano pero no por ello menos bello. Recordaba a tiempos de la fundación romana de la ciudad.

Sin más lamentaciones el patriarca se dio media vuelta y salió de la cripta ascendiendo por la escalera lateral. Se sabía derrotado pero no iba a admitirlo, aún era el hombre más rico de la ciudad y tenía influencia tanto sobre los mudaríes como sobre los yemeníes, de hecho había intentado pacificar la ciudad en más de una ocasión, pero había sido imposible, estas dos etnias musulmanas no se entendían bien ni parecía que fueran a hacerlo, ni siquiera en la noche de la destrucción de sus hogares.

-He terminado, ya podéis mover la roca para tapar la entrada de la cripta. Abd al-Rahman² destruirá la capilla de encima, estoy seguro, pero con un poco de suerte no encontrará la cripta subterránea con mis antepasados dentro. El olvido será su salvación... y su martirio.

Al borde del estanque le esperaban sus protegidos, el hijo de su primo, otro rico terrateniente cristiano de la ciudad de Lurqa³, y una hermosa mujer de grandes ojos, tez morena y largos cabellos

oscuros.

-Ha llegado la hora, venid conmigo, no sé qué os hará si os encuentra.

Ambos le siguieron sin decir palabra, con el miedo y la incertidumbre en el cuerpo. Cada uno llevaba una bolsa cruzada al pecho con algo de ropa, comida y dinero, mucho dinero. El patriarca les llevó, lámpara en mano por callejuelas estrechas de suelo empedrado hasta una gran casa, su vivienda en el centro de la villa de Eio.

Hombres morenos con ropas holgadas y otros más bien pálidos corrían juntos de un lado a otro con antorchas y armados con lanzas, cimitarras, espadas, incluso hachas de leña. Portaban escudos de lágrima con crucifijos los que eran pálidos y redondos con la media luna los que eran morenos, se disponían a defender sus hogares de la destrucción, a resistir a las órdenes de Abd al-Rahman II, califa de Córdoba. Al oeste la rambla servía de foso y un muro se alzaba siguiéndola, era la zona más protegida, no atacarían por ahí, tampoco por el sur, las montañas daban cobertura. Era al norte, en el llano donde se habían instalado las tropas.

El patriarca abrió la puerta de su propia casa con nerviosismo y rápidamente dirigió a la pareja al interior. Retiró la mesa del comedor y movió la alfombra para dejar al descubierto una trampilla en el suelo que abrió apresuradamente tirando de la anilla metálica. Daba a una escalera oscura de piedra por la que corría el aire.

-Encontraréis mujeres, ancianos y niños escondidos a lo largo de las catacumbas, hay varias entradas en la ciudad. Ignoradlos y seguid avanzando. En algún momento llegaréis a una salida en la montañas⁴, no salgáis, seguid hasta la atalaya⁵, También hay una salida bajo el monte. Podéis escapar por ahí y cruzar las montañas, caminando hasta Carthago Noua⁶ o subid por la escalera de la sima hasta la atalaya. Los guardias son cristianos, os ayudarán, pero es mejor que ella no hable -les dijo dirigiéndose sobre todo a él. -Ni siquiera en latín, notarán por el acento que es mora, los conozco y no les gustan los moros.

-Diré que es muda.

-Y yo callaré.

-La atalaya es visigoda y según el pacto de Teodomiro los cristianos aún conservamos esa propiedad y su defensa. Podréis pedirles que os escolten hasta Carthago Noua, si les pagáis, así ellos también

escaparán.

-¿Y que será de ti, tío?

-Protegeré la ciudad y mi hacienda, el pueblo me necesita.

-Eres muy generoso. Pero ¿Qué pasará si la ciudad cae?

-Eso no ocurrirá. La historia correrá en nuestro favor. Esta es una antigua villa romana y antes de los romanos vivieron aquí los íberos así que Eio, como población es más antigua que la mismísima Carthago Noua. Dios no permitirá que caiga. Abd al-Rahman no podrá borrarlos de la historia, no lo permitiré. Pero marchaos, marchaos ya -insistió el patriarca entregándole a su sobrino la lámpara de aceite.

Sin decir más la pareja se introdujo en las catacumbas y desapareció en la oscuridad. El patriarca por su parte se dirigió al taller donde guardaba las herramientas y también las armas. Vistió pantalones y peto de cuero grueso tachonado con pequeñas placas de metal, Se ajustó un yelmo que acababa en pico por encima de la cabeza y le cubría parte de la cara, dejando libres los ojos y la boca para ver y dar órdenes. Se ajustó la espada corta con un cinturón y cogió con la derecha una larga lanza y con la izquierda el escudo con el emblema de su familia: una cruz visigoda que era parte de un yelmo tras el que había un rostro con abundante barba. Después salió afuera y se dirigió por las calles empedradas a la plaza que había tras la puerta norte, la que estaba orientada al llano.

De una lado de la plaza los yemeníes gritaban barbaridades a los mudaríes y escupían al suelo. Del otro lado los mudaríes amenazaban con gestos violentos a los yemeníes, a algunos había que sujetarlos para que no se lanzaran armados contra la tribu rival. Los cristianos habían hecho un cordón para evitar que se mataran en la plaza antes de que llegaran las tropas de Córdoba, que esperaban al otro lado de muralla en silencio, bien formados, con las lanzas apuntando al cielo y las escaleras para asaltar la muralla al hombro.

-Mi señor, los parlamentarios están esperando al otro lado de la muralla para hablar con usted -le advirtió uno de los milicianos cristianos en cuanto llegó.

-Seguid separando a los yemeníes de los mudaríes, lo estáis haciendo muy bien.

-Gracias, señor.

Enseguida subió a la muralla para hablar desde la puerta.

-¡Rendid la ciudad y os perdonaremos! -gritaba el gobernador desde fuera.

-¡Esta ciudad es nuestra vida! ¡No abandonaremos nuestros hogares por capricho del califa! ¡No tenemos a donde ir! ¡Viviremos aquí o moriremos aquí! -respondió el patriarca, quién había sido erigido en comandante de la rebelión.

-¡Escuchadme! ¡Soy Yabir ben Malik, gobernador de la Cora de Tudmir⁷ y representante de Abd al-Rahman ben al-Hakem al Marwaní, califa de Córdoba, sultán de al-Andalus, descendiente directo del último superviviente Omeya...!

-¡Sé bien quién es! -le interrumpió para evitar la monserga de títulos- ¡Y os digo que obedecéis una orden injusta y destruis a vuestro propio pueblo! ¡No tenemos a dónde ir! ¡Plantaremos batalla hasta la muerte si es necesario!

-¡Descendiente directo del último superviviente Omeya -repetía el gobernador – y legitimo heredero del Califato de Damasco! ¡A él corresponde el imperio que se extiende desde el océano Atlántico hasta el río Indo! ¡Y sería suyo de no ser por la matanza de sus antepasados hace cuatro generaciones, es vuestro soberano, está ante vos y le debéis pleitesía, no tentéis a su generosidad!

-¡No sé a qué llamáis generosidad, pero no permitiremos que destruya lo que es nuestro ni aún con la promesa de otras tierras cerca de estas! -le espetó el patriarca tras verse obligado a escuchar cuantos títulos poseía el soberano.

-¡Yo soy el gobernador de Iyuh⁸ y no tú! ¡deten esta locura, cristiano!

-¡Sólo si prometéis respetar la ciudad y nuestras viviendas!

-¡Eso no será posible, pero pensadlo una vez más! ¡Deponed las armas y seréis respetados como dimmies⁹!

-¡Vais a quemar nuestras casas! ¿Seremos entonces dimmies mendigos? ¡No! ¡Moriremos aquí hoy!

-¿Es vuestra última palabra?

-¡Sí!

-¿Están las mujeres, los niños y los ancianos a refugio? -preguntó Yabir ben Malik desde el caballo.

-¡En las catacumbas y en las cuevas de la rambla!

-¡No se hable más!

Sin más tiró de las riendas del caballo para darse la vuelta y espoleó al caballo para volver tras las líneas de las tropas de Córdoba junto a su señor. Su escolta lo siguió. Dentro de los muros el patriarca

se giró hacia la plaza para pacificar a los yemeníes y mudaríes que aún reñían.

-¡Escuchadme habitantes de Iyuh! -dijo en árabe, idioma que hablaban tanto musulmanes como cristianos. -Esta noche podemos perderlo todo, incluida nuestra propia vida. ¡Mudaríes y yemeníes! Es la guerra civil entre vosotros la que ha llevado al califa a querer destruir la ciudad para sofocar la rebelión. Nos destruirá a todos para dar ejemplo y evitar que las rencillas entre vosotros se extiendan por todo al-Andalus, así que comportaos dignamente y demostrad que podéis luchar juntos, dejad de mataos entre vosotros y proteged vuestra ciudad y vuestras viviendas.

Mientras hablaba volaban sobre su cabeza tinajas llenas de aceite ardiendo que silbaban cortando el aire y caían sobre los tejados estallando e incendiándolos.

-¡Preparaos! -gritaba el patriarca desde arriba. -Sea para los yemeníes el este de la ciudad, proteged la muralla y apagad los incendios. Sea para los mudaríes el oeste de la ciudad y para los cristianos el centro. ¡Uníos por vuestra vida y luchad! ¡Ya vienen!

En ese momento, en cuanto se giró para encarar las tropas de Córdoba, un cántaro de aceite ardiente se estrelló contra la almena de la muralla estallando en mil pedazos y salpicando todo su cuerpo que quedó cubierto de fuego. Comenzó a correr sobre la muralla gritando sin que nadie pudiera hacer nada por él, hasta que cayó al interior de la ciudad rodando por el suelo mientras los milicianos de la tribu que fuera le pegaban con sus propias ropas intentando salvarle la vida, de nada sirvió.

Del otro lado del muro las tropas de Córdoba se acercaban despacio. Yabir ben Malik conversaba con su soberano, era el único que se atrevía a poner en duda su criterio.

-Mi señor, quizá aún podamos detener esta locura. -le sugería el gobernador de la cora de Tudmir al califa de Córdoba y señor de al-Andalus.

-No, ya no podemos.

-Dejemos de lanzar fuego sobre la antigua capital de la provincia, ya han visto que vamos en serio, negociemos mañana al alba. Son buenos hombres, los conozco bien.

Abd al-Rahman no le escuchaba, tenía los profundos ojos negros puestos en la ciudad. De nariz aguileña, tez oscura y espesa barba negra, era un hombre de férrea determinación.

-¿Os habéis asegurado de que las mujeres, los ancianos y los niños estén a refugio? -Quiso saber el califa.

-Sí, mi señor.

-Perfecto, quizá la encuentre aún, volverá arrastrándose.

-Mi señor, permitid que os diga que a vuestros treinta y dos años tenéis un buen puñado de mujeres y más hijos que ningún hombre a esa edad. ¿Por qué os preocupa tanto la pérdida de una sola mujer?

-Nadie huye de mí, o al menos escapa.

-Pero no es razón para destruir una ciudad, la capital de una provincia.

-Las razones son bien distintas: hace tres años que los yemeníes y mudaríes se matan entre ellos, y la guerra civil se ha extendido a Lurqa, no puedo permitir que se extienda por todo el territorio o perderé el control. Necesitan un escarmiento.

-Y ¿qué hay de los cristianos? Llevamos más de un siglo respetándolos, ¿deben también pagar por una guerra que no es suya?

-Los cristianos han traicionado el pacto de Teodomiro: “y él no dará refugio a ningún perseguido por nosotros...” -recitó el califa parte del texto que conocía de memoria. -Les dimos a los cristianos la condición de dimmíes, respetamos sus propiedades, sus vidas y su religión, incluso dejamos que Teodomiro y sus descendientes conservaran el poder en la provincia y le dieran nombre, la cora de Tudmir, Teodomiro en nuestra lengua. Todo a cambio de tributos y unas pocas normas de colaboración con nosotros. No los conquistamos por la espada, pactamos con ellos un nuevo orden hace hoy ciento quince años. Me pregunto si ellos harían lo mismo si la situación cambiase. Pero ellos no han respetado el pacto y les han dado refugio. No habrá ya más dimmíes.

Mientras tanto las tinajas de aceite ardiente salían disparadas de las catapultas con golpes de madera entrecrocando y a los lejos cada vez se veían más puntos de luz y más grandes en la ciudad.

-Mi señor, por favor, dejad que vuelva a hablar con ellos por la mañana -seguía suplicando el gobernador. -Dejad que recupere mi ciudad.

-Te daré una mejor y más grande. Será conocida como madina Mursiya¹⁰.

-Me ordenasteis hace seis meses que me mudase a Mursiya, pero es una aldea de campesinos en medio de una ciénaga llena de mosquitos -se lamentaba Yabir ben Malik. -No es un terreno apropiado

para la capital de la cora.

-No tenéis ninguna visión de futuro, mi querido Yabir. El río Blanco¹¹ es un río de inundación. En determinadas épocas del año se desborda en la llanura e inunda los campos de alrededor, así que la tierra es fértil por los nutrientes que transporta y deposita el río. De tal manera que en las inmediaciones de Mursiya tenemos tierra fértil, agua abundante, no de un río sino de dos ya que, como sabéis mejor que yo, el río de Lurqa¹² se une al Blanco en este valle ancho, y además mucho sol ya que esta región es un desierto en el que apenas llueve. Agua, sol y tierra fértil es todo lo que necesitan las plantas para crecer. Me recuerda esta región a Misr, a orillas del Nilo. Allí ocurre lo mismo a una proporción mucho mayor y la riqueza que de esa región mana ha mantenido a los imperios persa y romano y ahora sostiene al califato de Damasco, que de no ser por esos traidores sería mio.

Hizo una pausa que el gobernador aprovecho para hablar al soberano.

-No entiendo aún como pretendéis sacar provecho de esa tierra fangosa. Antes que ver en ella una capital de provincia caeré enfermo por la malaria, no podremos deshacernos de los mosquitos.

-Vuestra ignorancia me abruma, de nuevo os digo que no tenéis ninguna visión de futuro. Construiremos en el río un azud¹³ del que partirán dos acequias, una al norte y otra al sur, de tal forma que al tiempo que ampliamos el área de regadío desecaremos la ciénaga y no habrá más mosquitos sino terreno cultivable. Una de esas acequias pasará por donde hoy pisamos¹⁴, así la riqueza de madina Mursiya sostendrá el califato durante mil años. ¿Acaso no lo veis?

-Sin embargo no sé cómo pensáis defender la ciudad estando esta en un llano. Iyuh tiene al sur las montañas, al oeste una rambla como un foso, además de una atalaya vigilante en una loma y comunicada con la ciudad por unas catacumbas, y otra más vigilando la antigua calzada romana que atraviesa las montañas¹⁵.

-Las dos atalayas servirán ahora para proteger a Mursiya y además levantaremos un muro tal alto como siete hombres -decía el soberano rebatiendo cada argumento del gobernador.

-Aún no entiendo como el sacrificio de hombres jóvenes, fuertes y valientes, más aún de los nuestros, puede beneficiarnos.

-Los hombres jóvenes, fuertes y valientes de esta ciudad no piensan sino en matarse entre ellos y eso puede hacer tambalearse al-Andalus entero. Las mujeres reconstruirán sus antiguas viviendas en Mursiya con las piedras de Iyuh. Montaré aquí un campamento militar con tropas de fuera de la provincia para ayudarlas en esta tarea y así surgirán nuevas familias que estén en paz.

-¿Se casarán estas mujeres con los asesinos de sus maridos? -apuntó muy sagaz el gobernador.

-Traeré tropas nuevas, que nada tengan que ver con estas. No temas desprenderte de lo viejo Yabir, mira hacia delante.

-¿Cuál será entonces la crónica que debo hacer, mi señor? -intervino por primera vez el escribano que se encontraba a la izquierda de Abd al-Rahman. -¿Cuál será la versión oficial?

-Diremos que tres años después de comenzada la guerra entre mudaríes y yemeníes en la ciudad de Iyuh, yo Abd al-Rahman ben al-Hakem al Marwani, califa de Córdoba y sultán de al-Andalus, ordené la destrucción de Iyuh porque esta guerra se había extendido a la ciudad de Lurqa. No diremos nada de la mujer de mi harén que escapó con un terrateniente cristiano de dicha ciudad, es vergonzoso.

-¿Sabemos como empezó el conflicto? -quiso saber el escribano evitando hacer comentario alguno acerca de la mujer del harén que había escapado.

-Diremos que uno de los yemeníes cogió un cántaro de agua del río de Lurqa, cerca de su desembocadura en el río Blanco, y lo tapó con una hoja de parra de uno de los mudaríes a lo que este se opuso diciendo “tu has hecho esto menospreciándome al coger una hoja de parra de mis tierras”. Aquello desembocó en una pelea y uno de los dos mató al otro lo que produjo la guerra civil entre ambas tribus.

-Permitid, señor, que os diga que es un motivo un tanto ridi... extraño para el inicio de una guerra entre tribus. -Se atrevió a decir el escribano.

-Las guerras entre tribus rivales siempre ocurren por hechos ridículos porque escapan al pensamiento racional, tienen más que ver con sentimientos inconscientes como el odio, los prejuicios, y en definitiva con deseos de provocar violencia y hacer daño al rival. -Respondió el soberano dejando claro quién tenía la sabiduría y el ingenio de su mano. -No sabemos como empezó la guerra pero el relato de la hoja de parra dará credibilidad al escrito, ya que simplemente se trata de dos tribus que tenían ganas de ejercer la violencia los unos contra los otros.

Mientras tanto la pareja atravesaba las catacumbas despacio, esquivando a la gran cantidad de mujeres, niños y ancianos que se hallaban escondidos allí. Algunos niños lloraban, los adultos por su parte no sabían bien qué hacer o qué decir para calmarlos. Ellos dos, sin embargo, avanzaban sin detenerse. Pronto llegaron a una escalera que ascendía hacia la derecha. La siguieron hasta salir a un bosque en las montañas, la salida daba a una ladera de una estrecha rambla que discurría a la izquierda. Las aves nocturnas ajenas a la batalla emitían sus cantos de cortejo, debía ser la primera de las salidas que el patriarca les había recomendado evitar, así que volvieron a la gruta que, si bien en el interior de

la ciudad se había ramificado, ahora era una sola vía, no podían perderse. Pronto llegaron a un respiradero, se trataba de una apertura como un pozo pero su única utilidad era dejar pasar el aire. Guzmán se paró un momento a admirar la luz de la luna llena esperando de alguna manera que esta le diera su bendición y sobre todo su protección. Más adelante había un segundo respiradero y caminando un poco más la catacumba ascendía hasta una bifurcación: a la derecha había un escalera, debía de ser la segunda salida, la de debajo de la atalaya, y a la izquierda debía de estar la sima por la que se ascendía a la fortificación. Allí se detuvieron un minuto a pensar.

-Podemos salir y cruzar las montañas, caminar cuatro o cinco días y llegar hasta Carthago Noua para viajar en barco a dónde queramos -le sugirió Farah.

-Creo que es mejor que subamos y hablemos con los soldados para que nos escolten, les pagaremos bien, serán nuestros mercenarios, necesitaremos protección si en la zona hay tantos hombres armados.

-Es mejor que vayamos solos, si descubren que soy árabe...

-No lo descubrirán, solo has de cerrar la boca -le dijo besándola en los labios, ella no le correspondió.

-¿Todo el viaje? ¿Debo ir en silencio todo el viaje? Además ¿qué pasará en cuanto me vean? Mis rasgos no son muy cristianos. ¿Y si deciden robarnos?

-Escúchame, no debes tener miedo, nos ayudarán, son cristianos y además necesitamos escolta.

-Si estás tan seguro... tú conoces mejor a los tuyos.

-Vamos entonces.

En seguida llegaron a la sima, era un agujero natural en la montaña, de unos cuarenta metros de profundidad, en el que habían tallado una escalera en la roca. Subieron cogidos de la mano hasta que salieron al exterior, un espacio pequeño en la cima de la montaña rodeado de una tosca muralla de seis metros de alto. Los soldados que estaban en la muralla comenzaron a bajar cuando los vieron.

-Buenas noches -saludó Guzmán.

Los soldados no respondieron pero los rodearon.

-Verán, amigos. Somos cristianos. Nos envía mi tío, el patriarca de Eio, a pedirnos un favor.

-¿Qué clase de favor? -quiso saber el que parecía el sargento.

-Necesitamos escolta hasta Carthago Noua, pagaremos bien y juntos escaparemos de las tropas de

Abd al-Rahman.

-No vamos a huir, no dejaré salir a mis hombres.

-Pero la ciudad está perdida y él ya no seguirá respetando a los cristianos.

-Eso no puedes saberlo.

-A lo mejor son espías, señor -añadió otro. -quizá vengan a convencernos de que desprotejamos la atalaya.

-No somos espías.

-La chica parece mora, ¿por qué no habla?

-Es mi esposa cristiana, y es muda.

-Pues yo creo que sois espías -dijo desenfundando un largo cuchillo y acercándose al cuello.

-¡Guzmán! ¡No! ¡Cuidado! -Gritó Farah.

-Muda ¿eh? Esta es más mora que el califa. Sargento yo digo que los arrojemos a la sima. ¿Dices que llevas dinero para pagarnos? ¿Cuánto? -Guzmán no contestó, estaba muy asustado. -Si la ciudad cae escapemos con el dinero de estos dos. Me pregunto como habrán encontrado el acceso a las galerías subterráneas.

-Mi tío, el patriarca, nos dejó entrar, la entrada estaba en su casa.

-¡Basta de estupideces! -zanjó el sargento. -Matadlos a los dos.

-¡No! ¡Esperad! Matadme a mí solo. A ella podéis entregádsela a él, es una de sus esposas. Si lo hacéis cesará el ataque a la ciudad. Estoy seguro.

-Así que es a ella a quién busca. Rodrigo, ¿qué ves desde allí arriba?

-La ciudad está ardiendo -decía el soldado desde la almena, era de los pocos que se había quedado sobre el muro. -Las tropas de Córdoba han entrado en la ciudad y la están tomando calle por calle, matando a todos los milicianos.

-No sé qué argucia es esta, -decía el sargento- pero si la ciudad está perdida y tenemos lo que el califa está buscando, no queda sino vengarse. A la sima con ella.

Y dos soldados la empujaron para que cayera los cuarenta metros de agujero en el suelo.

-¡Farah! -Gritó Guzmán saltando al vacío tras ella.

Ficción histórica escrita por Víctor Guillamón

[Víctor Guillamón](#)

- ¹ El Martiryum
- ² Abderramán II
- ³ Lorca
- ⁴ Valle de los Pájaros
- ⁵ Castillo de la Luz o de los Moros
- ⁶ Cartagena
- ⁷ Provincia del sureste de al-Andalus
- ⁸ Eio en árabe
- ⁹ Protegidos del Islam, conservaban propiedades, sus vidas eran respetadas y tenían libertad de culto
- ¹⁰ Murcia
- ¹¹ Río Segura
- ¹² Río Guadalentín
- ¹³ Azud de Ojós
- ¹⁴ Acequia Alquibla
- ¹⁵ Castillo de la Asomada encima del Puerto de la Cadena.

Bibliografía

Carmona, A. Lorca y la formación de Tudmir.

Frey Sanchez, A. V. Propuesta sobre el origen de Murcia: consideraciones materiales y fundamentos ideológicos de la política emiral cordobesa en la kura de Tudmîr.

Gutierrez Lloret, S. De Teodomiro a Tudmir.

Gutierrez Lloret, S. La materialidad del Pacto de Teodomiro a la luz de la arqueología.

[Víctor Guillamón](#)

Gutierrez Lloret, S. La identificación de Madinat Iyih y su relación con la sede episcopal Elotana. Nuevas perspectivas sobre viejos problemas.

Gutierrez Lloret, S.; Grau Mira, I. El territorio Tardoantiguo y altomedieval en el sureste de Hispania: Eio-Iyyuh como caso de estudio.

Gutierrez Lloret, S. Algunas consideraciones sobre la cultura material de las épocas visigoda y emiral en el territorio de Tudmir.

Herrero, O. De nuevo sobre los defensores de Teodomiro. Tópicos historiográficos en los relatos de *aman*.

Molina Gómez, J. A. El Martyrium de la Alberca.

Pocklington, R. El emplazamiento de Iyih.

Pocklington, R. El pacto de Teodomiro y las siete ciudades.